

Mes El mes décimo cuarto empezaba el 13 de
 décimo cuarto. Noviembre. La fiesta que en él se celebraba,
 Fiesta á la pertenecía á *Mixcoatl*, diosa de la caza. Los
 diosa de la caza preparativos para la funcion de esa divinidad,
 Se disponian para ello con oraciones,
 ayunos y efusion de sangre. de seductor atractivo para los mejicanos, se
 hacian con fervoroso celo religioso. Se dispo-
 nian, para celebrarla dignamente, con fervientes oracio-
 nes, un riguroso ayuno general de cuatro dias, y con
 efusion de sangre. Durante ese tiempo se hacian las fle-
 chas y los dardos, para proveer abundantemente las ar-
 merías reales. Transcurridos los cuatro dias de ayuno,
 los mejicanos y tlatelolcos, llevando al hombro sus arcos
 y sus flechas, salian juntos á cazar, á uno de los montes
 inmediatos, lo mismo que el rey y la nobleza; y los ani-
 males cazados por todos, y que se procuraba cogerlos
 vivos, se conducian á Méjico, con grandes demostracio-
 nes de júbilo y de satisfaccion, donde se sacrificaban á la
 diosa. El acto del sacrificio se hacia con toda pompa, y
 el mismo rey solia asistir á él.

Poco despues de la anterior escena, los mejicanos se
 dirigian á los sepulcros de sus parientes, llevando vian-
 das, leña de pino y saetas, que acababan de hacer con
 ese objeto.

Al llegar al sitio en que reposaban los restos de las
 personas de su familia, colocaban aquellos objetos sobre
 la tumba, y con gran veneracion y respeto los quema-
 ban, permaneciendo allí hasta que se extinguia la última
 llama. Se le daba á este mes el nombre de *Quecholli*,
 porque en esa estacion del año aparecia en las pintores-
 cas orillas del lago un pájaro bellissimo, llamado así.

Mes El mes décimoquinto, empezaba el 3 de
 décimoquinto. Diciembre, y en él se celebraba la tercera fies-
 Tercera fiesta ta dedicada á *Huitzilopochtli* y su hermano
 al dios *Tlakahuepan-Cuexcotzin*. Con anticipacion
 de la guerra. se escogian los desdichados prisioneros que
 Estátua hecha con sangre de niños. debian ser sacrificados en aras de la sangrien-
 ta deidad y se compraban esclavos con el
 Sacrificios de prisioneros. mismo objeto. En el primer dia del mes, los sacerdotes,
 llenos de fanático celo por aquella religion absurda, hacian
 dos estátuas, que representaban á las dos funestas divini-
 dades mencionadas. La materia de que las formaban era
 de legumbres, amasadas con sangre de inocentes niños sa-
 crificados; los huesos los figuraban con varas de acácia.
 Terminados los horribles ídolos que, hidrópicos de vícti-
 mas, llevaban en sí mismos el rojo líquido manado del pe-
 cho de séres infantiles, los colocaban respetuosamente
 sobre el altar principal del templo, donde toda la noche
 permanecian los sacerdotes velándoles con religioso celo.
 A las primeras horas del dia siguiente, se bendecian con
 gran solemnidad los ídolos, y lo mismo se hacia con una
 Bendecian el cantidad de agua que se guardaba en el tem-
 agua y la plo. Esta agua bendita se destinaba para di-
 guardaban para versas ceremonias, unas que tenian tiempo
 ciertas determinado en el año, y otras que se verifi-
 ceremonias. caban, segun lo exigian los acontecimientos operados en
 la nacion. Con ella se rociaba, cuando se elegia nuevo
 soberano, el rostro del electo rey. Igual cosa se hacia
 con el personaje que era nombrado general de las armas;
 pero por añadidura, se le daba á beber un vaso de ella.
 Terminada la consagracion de las estátuas, se daba

principio á un baile entre personas de ambos sexos. Este baile duraba cuatro horas, y se verificaba todos los dias hasta la terminacion del mes. Notables eran las penitencias que se imponian durante ese tiempo un gran número de personas, martirizándose como tenian de costumbre, sacándose sangre de la lengua, de los oidos, de los párpados, y de otras partes del cuerpo. Los dueños de los prisioneros ayunaban los cuatro últimos dias que precedian á la fiesta, y á las miseras víctimas que debian ser sacrificadas, se les pintaba el cuerpo de diversos colores.

Llegada la mañana del vigésimo dia, que era verdaderamente el de la fiesta, se verificaba una procesion solemne en que marchaban los personajes mas notables de la nacion. Abrian la marcha dos sacerdotes de reconocida virtud, recogidas en trenzas las luengas cabelleras, vestidos con negro ropaje, llevando uno de ellos en las manos, que las alzaba sobre la cabeza, una sierpe de madera, pintada de vivos colores, que era la veneranda insignia de los dioses de la guerra, y el otro el estandarte guerrero, en que se veian signos y pinturas jeroglíficas de raros, pero significativos lineamientos. Detrás, y á distancia regular de ellos, marchaba otro sacerdote, vestido de igual manera, cargando la horrenda estatua del dios *Painalton*, teniente de *Huitzilopochtli*. Con aspecto de resignacion, pero con firme y seguro paso, caminaban á poco los desdichados prisioneros y esclavos destinados al sacrificio, vestidos con papeles de colores, imitando el traje de las divinidades á quienes iban á ser inmolados. Tras de las desventuradas víctimas marchaban los sacrificadores, ostentando en sus extrañas vestiduras, salpicadas de seca

sangre, algunos signos jeroglíficos de su funesta mision; seguian despues los nobles, los seminaristas y los sacerdotes de varios templos; y cerraba, por último, la marcha, el numeroso pueblo.

La procesion salia del templo mayor y hacia su primera detencion en el barrio de Teotlachco. Durante el tiempo que allí se detenia, eran sacrificados dos prisioneros y varios esclavos á las sangrientas deidades de la guerra. Continuaba la procesion su marcha, deteniéndose en Tlatelolco, Popotla y Chapultepec, en cada uno de cuyos puntos se hacian sacrificios de codornices, y luego de prisioneros y esclavos. De Chapultepec volvia la procesion á la ciudad; recorria algunos barrios; hacia nuevos sacrificios en cada sitio en que se detenia, y por último, llegaba al templo principal, de donde habia salido.

En cuanto la procesion penetraba en el santuario, colocaban los sacerdotes la estatua de *Painalton* y los estandartes, en el altar de *Huitzilopochtli*, donde era incensado inmediatamente por el rey. Pocas horas despues, se hacia otra procesion al rededor del templo, que concluia al ponerse el sol, siendo sacrificados todos los prisioneros y esclavos que quedaban. Llegada la noche, velaban los sacerdotes, orando y elevando himnos á sus divinidades. Al brillar la luz del siguiente dia, conducian respetuosamente á una sala del templo la estatua de *Huitzilopochtli* que, como he dicho, la habian hecho, para aquel objeto, de semillas amasadas con sangre de niños, y la colocaban en un punto conveniente.

En aquella sala estaban únicamente el rey, los cuatro principales sacerdotes, los cuatro superiores de los semi-

narios y otro ministro del altar, á quien se daba el nombre de Quetzalcoatl, *siempre armado de plumas*, y que era el mismo del dios del aire. Este último sacerdote cogia un arco, preparaba una flecha, y la disparaba sobre el ídolo, atravesándole de parte á parte. Al verle cruzado el pecho con el arma, aseguraban que su dios habia muerto, y acto

Los sacerdotes dan á comer al rey el corazon de la estatua. continuo, el gran sacerdote se aproximaba á la estatua, le sacaba el corazon, hecho de la masa ya referida, y se lo daba á comer al rey. El cuerpo de la estatua se partia entonces en

dos mitades, una para los tlatelolcos, la otra para los mejicanos. La parte perteneciente á éstos, se dividia en seguida en cuatro porciones, distribuyéndolas en los cuatro barrios que formaban la ciudad, y cada porcion se subdividia en tantos pedacitos, cuantos eran los hombres que habitaban en cada barrio.

A esta ceremonia se le daba el nombre de *teocualo*, que equivale á *dios comido*. Las mujeres no participaban de la masa del ídolo, porque no tocándoles el ejercicio de las armas, no necesitaban de un alimento que tenia la virtud de excitar el espíritu guerrero. Los jóvenes que estaban ya en actitud de manejar el arco y la flecha, en los combates, y comian el cuerpo de *Huitzilopochtli*, contraian, con solo ese hecho, la obligacion de observar, por espacio de un año, un riguroso ayuno.

En este mes, llamado *Panquetzaliztli*, que significa *enarbolar el estandarte*, por motivo de que así se llevaba en la procesion descrita, se dedicaban los mejicanos á la reparacion de los vallados y lindes de los campos.

Mes décimo sexto. Quinta fiesta al dios Tlaloc. El mes décimo sexto empezaba el 23 de Diciembre. En él se celebraba la quinta y última fiesta consagrada á Tlaloc y á otras divinidades del agua, así como á las de los montes. Los mejicanos se disponian para la celebracion de esta fiesta con duras penitencias de sacarse sangre de sus miembros, como acostumbraban en sus notables funciones religiosas, con oblacones de aromáticas resinas y con oraciones fervientes.

Tambien hacian montecillos de papel, simbolizando á los númenes, y muchos idolitos con pasta de semillas, á quienes, despues de haberles adorado reverentemente, les abrian el pecho, imitando el verdadero sacrificio, les arrancaban el corazon y les cortaban la cabeza. A cada individuo que hacia cabeza de una familia, se le daba un pedazo del cuerpo de algun ídolo, para que lo repartiese entre sus sirvientes, á fin de que, comiéndolo, se librasen de muchas enfermedades, á que quedaban sumamente expuestos los que descuidaban el culto de los dioses.

Los cuatro dias anteriores á la fiesta, los ayunos eran altamente rigurosos, y la efusion de sangre, verdaderamente excesiva.

Al mismo tiempo que en las casas particulares se practicaban los ritos que dejo consignados, en los templos se sacrificaban víctimas humanas, cuyo número aumentaba el dia de la fiesta. En esta, ó en otra consagrada al mismo dios del agua, Tlaloc, se hacia perecer de una manera inhumana á tres inocentes niños de seis años, encerrándoles en una cueva y dejándoles perecer en ella de hambre, de sed y de espanto.

Mes décimo sétimo. Empezaba el mes décimo sétimo, el 12 de Enero, y en él se celebraba la fiesta de *Iamateuccli*, diosa de la vejez, como lo indica su nombre, que significa *señora vieja*. La víctima que debía ser sacrificada en la festividad de la anciana divinidad, era una mujer que se escogía entre las prisioneras, y á la cual se la vestía como se representaba á la diosa, cuyo papel desempeñaba en aquellos instantes. Era la única fiesta en que se le permitía estar triste, por su próxima muerte, al que iba á ser sacrificado; pues en todas las demás se les obligaba á manifestarse contentos, por ser, como he dicho, de mal agüero cualquiera demostración de pena. Pero aunque libre para poderse entregar á la tristeza y á sus melancólicos recuerdos, no lo era para permanecer completamente dedicada á ellos. Muylejos de eso, se le obligaba á bailar sola á determinadas horas, no al compás de melódica y agradable música, sino de una monótona canción religiosa, cantada con insonoras voces, por los fanáticos ministros de la divinidad á quien iba á ser inmolada. Verificada la procesion al rededor del templo, la víctima era llevada al altar por los sacerdotes, que se presentaban vestidos con las insignias de varios dioses; y al ponerse el sol, la sacrificaban sobre la piedra, del modo ordinario que ya conoce el lector. Muerta ya, y separada del cuerpo, como era costumbre, la cabeza, uno de los sacerdotes tomaba ésta en sus manos y empezaba á bailar, siguiéndole los otros. Terminado el baile, corrían por las escaleras del templo, y despues entonaban himnos á la diosa. Al día siguiente, los habitantes de la ciudad de Méjico presenciaban una escena muy parecida á la que

los habitantes del imperio romano presenciaban en tiempo del paganismo, en la fiesta de las lupercales. El pueblo azteca, provisto de sacos de heno, corria presuroso por las calles, pegando con ellos á todas las mujeres que encontraba. Los romanos lo hacian con correas de cabras sacrificadas, cuyos golpes tenían, al decir de ellos, la virtud de hacer fecundas á las mujeres estériles. Ignoro la virtud que se les suponía á los recibidos de los sacos de heno.

Otra fiesta se celebraba en el mismo mes, á *Mictlan-teuccli*, dios del infierno, en la cual se sacrificaba de noche á un prisionero.

Ultimo mes. El último mes, que era el décimo octavo, Segunda fiesta al dios del fuego. caía en 1.º de Febrero. En él se celebraba la segunda fiesta del dios del fuego. Toda la juventud salía, al rayar la luz del día 10, armada de arco y de flechas, á los montes y á las selvas, á cazar aves y fieras. Cuanto se cazaba, lo presentaban los cazadores á los sacerdotes, que lo guardaban para los momentos de la festividad. El día 16 se veía lujosamente engalanado en su altar, el ídolo del dios del fuego, ostentando preciosas plumas y valiosas joyas. En ese mismo día, apagaban los sacerdotes el fuego del templo, y el pueblo el de sus casas, y encendían el nuevo, ante el altar del núnmen en quien estaba representado. Terminada la ceremonia de encender el fuego, los sacerdotes ofrecían á los dioses, en holocausto, parte de la numerosa caza que tenían recibida de los cazadores, y la otra la sacrificaban á la deidad de la fiesta. A este acto, seguía otro sencillo, pero curioso: los niños de ambos se-

Ceremonia en que se perforaban á los niños de ambos sexos las orejas. xos, que habian asistido en gran número á la fiesta, se acercaban á los sacerdotes, quienes les perforaban las orejas, para que les pusieran pendientes.

Lo notable en la fiesta que nos ocupa, era que no habia en ella sacrificio de víctimas humanas.

Todos los animales sacrificados se condimentaban en seguida para los sacerdotes y la nobleza. Entre los cazadores se repartian, con abundancia, sabrosos *tamalli* (tamales) que las mujeres habian presentado á los dioses como agradable oblacion.

En este mismo mes, se verificaba la segunda fiesta en honor de la madre de los dioses. En ella habia una ceremonia altamente original y extravagante. Los sacerdotes

Se levantaba á los muchachos de las orejas para que fuesen altos. agarraban á los muchachos de las orejas y los levantaban en el aire, pues se creia firmemente que así llegarían á tener una estatura elevada. Se ignora todo lo demás que se practicaba en esta fiesta, y si los sacrificios humanos eran los mismos que se celebraban en la que se le dedicaba en el mes de Setiembre.

Dias llamados inútiles, en los que se tenia por un mal el nacer. Terminado el año mejicano de diez y ocho meses, el 20 de Febrero empezaban los cinco dias llamados inútiles, el 21, en los cuales nadie emprendia obra ni negocio importante, persuadidos de que el resultado seria infausto. Aun el nacer en esos dias se tenia por una desgracia: al varon nacido en ellos se le llamaba *nemoquichtli*, *hombre inútil*, y á la niña, *nencihuatl*, *mujer inútil*.

Pero las fiestas que excedian en solemnidad á las que

dejo referidas, eran las que se celebraban, una, al principio de cada período de trece años, de los cuatro en que estaba dividido el siglo azteca, y la de *Teozihuitl*, ó *año divino*. En ellas, las numerosas oblaciones, los bailes y los himnos religiosos, estaban en relacion con las víctimas humanas, que con exceso se sacrificaban.

Sin embargo, á todas esas fiestas superaba la secular con que terminaba el siglo, y de la cual hablé ya detenidamente, detallando la manera con que se disponian para el temido cataclismo del fin del mundo (1). Los regocijos públicos que se hacian al ver que la naturaleza seguia su majestuosa marcha, superaban á lo que la pluma podria ponderar, correspondiendo, por desgracia, los sacrificios en honra del nuevo siglo que entraba, á la importancia que daban á la fiesta.

Esto, por lo que hace á las víctimas sacrificadas en las fiestas religiosas; pues respecto á las hecatombes hechas en la consagracion de un templo, en la coronacion de un rey, en la celebracion del triunfo de una batalla, en la muerte de un soberano ó de cualquier notable acontecimiento, el número de sacrificados era excesivo.

Dificil seria precisar la cifra de los sacrificados anualmente á sus falsas divinidades, por la variedad que se nota en los historiadores, respecto de su número.

El primer obispo de Méjico, D. Juan de Zumárraga, en una carta escrita el 12 de Junio de 1531, al capítulo general de su órden, consagrado en Tolosa, manifiesta que solo en la capital se sacrificaban anualmente veinte mil. «Lo que no puedo referir—decia—sin causar espanto y

(1) Desde la página 190 á la 193.